

NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DEL QUIJOTISMO ESPAÑOL EN LAS ALFORJAS DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET



Jorge Velázquez Delgado

Jorge Velázquez Delgado es profesor-investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.

José Ortega y Gasset presenta los fundamentos de su circunstancialismo filosófico en 1914 en Meditaciones del Quijote, un pequeño gran libro que sería la base y la clave de su impresionante edificio filosófico, que repercutiría en el ámbito latinoamericano durante todo el siglo XX.

Tzvi Medin

El Quijote de Unamuno, como el de Cervantes, cree en la caballería andante, pero, a diferencia del cervantino, el unamuniano es un loco que tiene por misión despertar al país de su modorra de siglos.

Pedro Rivas

I
A la distancia del tiempo y considerando las cosas desde la circunstancia actual, es decir, a cuatrocientos años de la publicación de *El Quijote de la Mancha* y a cincuenta de la muerte de José Ortega y Gasset, pero también desde

este punto del planeta, desde aquí en nuestra América, lugar en el que las nieblas europeas tienden a ser cada día más densas, el quijotismo es cosa eterna que habla no sólo del problema español en términos que llegan a ser provocativos y fastidiosos en su pretensión de develar identidades, por hablar también del universalmente famoso ser emblemático que referido al mito, el mito del eterno derrotado, es poco lo que la conciencia moderna y la modernidad aceptan de él más allá de su melancólica figura cargada de invocante locura, que mira más hacia las tinieblas medievales que hacia la pureza de una racionalidad en la que nada más se aceptan ideas claras y distintas.

Lo que refleja esta actual circunstancia es un mundo en el que, más allá de toda efeméride a la que convocan actos conmemorativos y más allá de la noria académica, el quijotismo sin ser el tema de nuestro tiempo continúa siendo tremenda fuerza vital o tremendo imaginario vital. Si bien vive como tal entre nosotros es poco lo que tiene que ver ahora en la configuración de una identidad histórico-cultural concreta como lo fue la española, al decir del apasionante debate filosófico y cultural que despertó a fines del siglo XIX y principios del XX.

El quijotismo no es ya el problema a partir del cual se pretende determinar la identidad del ser español, así como el sentido y destino de su cultura. Hablar del quijotismo en referencia al caso español tiene que ser hoy con otros tonos, no como el referente que determina la ubicuidad del drama español. Es a este quijotismo al que ahora se le tiene que dar un sentido universal pues ha abandonado por voluntad la cárcel nacional. Será a este mismo quijotismo al que se verá, allende sus inocultables límites nacionales, como lo que siempre fue: radical e incómodo personaje al que la modernidad duda en reconocer como el producto más extraordinario y maravilloso de su fase auroral. El Hidalgo de la Mancha es ser simbólico y emblemático. Más exactamente: personaje imaginario y producto de la sensibilidad barroca. De esa misma sensibilidad que lo anuncia y difunde como ser mediterráneo. Para más señas: es la más trascendente figura del Siglo de Oro español. Es un pretérito, como Miguel de Cervantes.

Pero hoy este ser, este personaje con el que nace la novela, al estar ya lejos de las barreras y querellas nacionales, no deja de ser reconocido como extraordinario ser mítico que al portar escudo y lanza —que reflejan indudables añoranzas

premodernas y antimodernas— es posible que en su confusión haya dejado ya de atacar molinos de viento y hoy dedique su inconfundible andar por el mundo con su figura y armas y acompañantes, a lanzar ataques en contra de los nuevos dragones representados por las grandes corporaciones transnacionales, en esto que sería un interesante intento posmoderno de su recuperación simbólica.

II

Lo que representa el quijotismo es, desde la retina de José Ortega y Gasset, la negación o resistencia de España a ser moderna. A incorporarse en el tren de la modernidad. Significa negar a España la posibilidad de ser europea. Y para él lo que define a España es haber perdido el sentido de la continuidad de la historia una vez que no aceptó incorporarse al sendero abierto por Descartes y Galileo. Si se pudiera decir en estos términos lo que Ortega interpreta del quijotismo es que éste se mostró a la realidad española con tal fuerza que encerró a España en una circularidad histórica de la que era muy difícil salir. Y esta circularidad representa el quijotismo, que es, paradójicamente, la más extraordinaria fuerza vital y referente imaginario de la salvación de la realidad española. En resumen: para Ortega y Gasset el quijotismo es, entre otras razones, causa de que España viva una circunstancia determinada como extravío y desgarramiento histórico.

No será esta la ocasión para lanzar especulaciones en tonos tales que señalen que el quijotismo es cosa fenecida de la realidad española. Los muertos, como decía el filósofo de El Escorial refiriéndose al problema de los mitos —a estas fuerza vivas y perennes de la historia de una nación—, es preferible asegurarse que estén bien muertos. Y a un mito de la estatura de El Quijote no se le asesina tan fácilmente. Lo que se quiere remontar no es a este mito. Es al quijotismo al que se le acusa como el supuesto agente que ha infectado desde la raíz al espíritu español y hoy se le tiene como cosa fenecida. Ahora bien, lo que aquí se quiere es señalar cuál es, desde nuestra retina, la importancia del quijotismo en la filosofía de Ortega.

Es bastante conocido entre quienes han husmeado un poco en las alforjas orteguianas, en especial en sus *Meditaciones del Quijote*, que para el filósofo madrileño el quijotismo constituía el principio de la realidad profunda del drama español. Era un problema al que se tenía que hacer frente en la ambiciosa empresa de salvar a España de su letargo históri-

co. De una condición histórica y de un destino inaceptable. Lo que entiende Ortega —el miembro más distinguido e influyente de su generación— es que su famoso axioma de la salvación (el cual reza: *salvarme yo y salvar la circunstancia*), necesariamente tiene que ser la expresión de una tremenda voluntad de futuro. Salvarme y salvar a la circunstancia es querer forjar un nuevo tipo de hombre español. Es esto lo que está en el fondo del extraordinario debate español en torno al quijotismo de fines del siglo XIX y principios del XX. Era esto lo que representó el problema del quijotismo español para esas generaciones que asumieron, quizá como ninguna otra, pensar de manera radical el futuro y destino de España.

III

El problema era entonces cómo dotar a España de un futuro diferente a ese destino inaceptable, en un rincón europeo; sólo su arraigada y profunda raíz mediterránea le evitaba caer en el despeñadero de los oscuros infiernos de la historia. ¿Cómo realizar una empresa de tal envergadura por fuera del alma quijotesca que ha permeado por siglos al alma y cultura española? Y sobre todo, ¿cómo tener éxito en esta titánica empresa salvífica? Tenía que ser para Ortega y Gasset radicalmente histórica; lo radical era evitar que el drama histórico se trastocara en nueva tragedia. Es decir, en destino que tiene a la derrota por horizonte. Por decirlo en estos términos: para Ortega el hambre de futuro de su generación es lo que los motivó a comprender que las urgencias del tiempo tienen que traducirse en la urgencia de superar el escollo del quijotismo.

Meditaciones del Quijote es un pequeño y excepcional librito de reflexión filosófica en torno a la circunstancia española de fines del siglo XIX y principios del XX. Como tal, dicho esto más allá de la incuestionable influencia que alcanzó en tierras latinoamericanas, sin ser una meditación de coyuntura, tiene que ser leído en términos de su contexto. Las *Meditaciones* abren lo que con el tiempo será reconocido como el *momento orteguiano*. Estas *Meditaciones* son un conjunto de reflexiones filosóficas que su autor jamás concluye. Es la famosa *opera* inconclusa de Ortega y Gasset. Pero es también, y sobre todo, tremenda reflexión *seminal* y de *ruptura* que realiza el filósofo español.

Es seminal por las siguientes razones: en cuanto que tales *Meditaciones* son ensayos, amores, reflexiones o pensamientos, se percibe con notoriedad lo que serán los grandes pro-

blemas, temas y preocupaciones que Ortega desarrollará a lo largo de su vida. En cuanto a la posición sorprendente e innovadora que adoptó respecto al problema español. En razón de la enorme influencia que ejerció a lo largo del siglo XX, en particular en el pensamiento e intelectualidad hispanoamericanos. A partir de las *Meditaciones* se propone lo que para su circunstancia se consideraba como un imposible y una trasgresión: superar todo idealismo en la filosofía y todo misticismo en el pueblo español.

Es una obra de ruptura, porque en ella es posible detectar el inicio de la lucha que sostendrá el filósofo madrileño en contra de las nieblas germánicas y a favor de una europeización de España, en la que no cabe ignorar al “logos del Manzanares”. Si bien Ortega y Gasset fue español “hasta las cachas”, a la vez fue un admirador incondicional de Alemania. No que los viajes de estudio y formación filosófica influyen en su pensamiento, sino por ver en la cultura alemana, en especial en su filosofía, la más importante fuerza vertebrante de la modernidad. De ahí nace la obsesión orteguiana de que al misticismo español debía de anteponerse el cientificismo y la filosofía alemana. No importa si esta fuese incorporada al espíritu del pueblo alemán vía el neokantismo. Para él la salvación de España pasa por un proceso de europeización a partir del modelo de civilización que desarrolla Alemania como fuerza directriz de la modernidad y continuidad histórica europea.

1914 es el año en que el filósofo de El Escorial abandona sus mocedades y marca —con extraordinaria puntualidad de quince años, que según Ortega es el tiempo divisorio en la temporalidad histórica de cada generación— el distanciamiento crítico que tendrá con su precedente: la Generación del 98, la que tuvo por guía y jefe espiritual a Miguel de Unamuno. Esta generación más que ninguna otra en la historia de España ha estado radicalmente identificada con el quijotismo, pero también con la visión de la historia como tragedia. Lo relevante del debate y enfrentamiento de estos grupos es que se lanzan a dar salida al problema español haciendo del legendario Hidalgo de la Mancha objeto de una apasionante discusión: al determinar si ese inmortal personaje continuaba dando duras batallas sin cuartel, respondían a los principios de la razón histórica o a ocultos afanes teológicos cargados de fines trascendentes por develar.

Si lo que devela el quijotismo es la intrahistoria, la historia profunda del pueblo español, esto no necesariamente lo

obliga a adoptar *El Quijote* como si fuese su Biblia. Las Generaciones del 98 y del 14 expresan y desarrollan sus principios irreconciliables en cuanto que la primera no renuncia a ver al Quijote como héroe de la fe mística y religiosa; y la segunda lo que ve en dicho personaje son razones por las cuales urgía colocar a España a la altura de los tiempos, recuperándose con ello tres siglos en que España se colocó al margen de la historia. Es esto lo más importante de estas *Meditaciones* y no considerar que lo criticable es que su autor siempre dejó el libro inconcluso.

IV

El objetivo de *Meditaciones del Quijote* no es el Quijote como personaje de ficción histórica, que a la vez de mostrar el paisaje español da nacimiento a la novela como género literario característico de la modernidad. Lo que trata es el quijotismo como problema determinante en la configuración y devenir de la cultura española. A través del quijotismo Ortega detecta la antimodernidad de su sociedad. Una vez que ha concluido el viaje iniciático del autor de *La rebelión de las masas* a tierras germánicas y que son superadas las mocedades, a través de *Meditaciones*, se impone la nada fácil tarea de buscar la *verdad* de España. Ahí permite ver una circunstancia histórica concreta, la cual brinda como una serie de paisajes en los que describe el problema del quijotismo. La famosa exclamación orteguiana “Dios mío ¿qué es España?” encuentra su equivalencia respecto al modo en cómo se asume al quijotismo bajo su circunstancia. ¿Qué es el Quijote? Para Ortega es parte del drama humano que comienza en 1400 y concluye en 1650.

Asumiendo que la de Ortega es una filosofía secular de la salvación, la salvación de esa circunstancia concreta es posible mediante la renuncia al quijotismo. Lo que define a esta discusión sobre el quijotismo —en dos de las más importantes generaciones de filósofos e intelectuales españoles, con sus dirigentes, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset; con sus libros más influyentes, en los que es posible ver el extraordinario y complejo paisaje de la discusión. De Una-

munio: *Del sentimiento trágico de la vida. En los hombres y en los pueblos, Vida de Don Quijote y Sancho* y *En torno al casticismo*; y de Ortega *Meditaciones del Quijote*— es la definición del carácter de la salvación de España.

Son dos visiones encontradas e irreductibles que si bien reclaman y exponen sus criterios con apego a cierta racionalidad, lo hacen también reclamando al vitalismo y a un sentido de la fe en la historia o en la religión. Razón, vida y fe son las claves para una comprensión del problema del quijotismo español en el periodo histórico referido. Unamuno insistirá en ver al Quijote como insuperable caballero de la fe. De una fe que jamás quiere despojarla de la religión y de la melancolía del misticismo. Será así este caballero el símbolo del eterno derrotado.

Para Ortega el Quijote representa un momento que se muestra como doloroso destino. Y para él lo radicalmente vital de su circunstancia era asumir y afrontar al problema del quijotismo, porque a partir de esa crítica era posible establecer un programa de acción política y pedagógica que sirviera para superar a la España oficial y a la España tradicional.

Ortega era un profundo conocedor de *El Quijote* y de Cervantes. Por ello entiende, aunque no necesariamente esté de acuerdo, que Don Quijote sea el emblema y epopeya que todos quieren ver: al eterno derrotado, un individuo de ficción de raza cervantina. Pero para él si queremos ver en Don Quijote un emblema o símbolo debe ser el que encierra al hombre en un drama histórico en su lucha contra la Edad Media y el Renacimiento y, por extensión, en contra de la modernidad. El Quijote será para él el eterno inadaptado a la modernidad. Discutir el problema del quijotismo era tanto como develar el gran secreto español. Mas no el de la historia. Pero era sobre todo plantear el extraordinario esfuerzo por construir una España liberal y moderna. Colocarla a nivel de los nuevos ritmos del tiempo histórico a través de lo que consideró Ortega que era la urgente tarea de su europeización. •